

LA UNIVERSALIDAD DE LOS DERECHOS HUMANOS EN EL DERECHO INTERNACIONAL

Andrés Rossetti *

Universidad Nacional de Córdoba

SUMARIO: 1. *Introducción.*—II. *El derecho internacional y la universalidad de los derechos humanos:* A) *¿Problemas?* B) *¿Paliativos?* C) *¿Soluciones?*—III. *¿La universalidad como objetivo a perseguir? Reflexiones finales.*

«... l'universalità è, per ora, un mito.»

Antonio Cassese¹

1. INTRODUCCIÓN



N este breve artículo me propongo analizar la cuestión de la *universalidad* de los derechos humanos (y su contracara, el *particularismo*) en relación con el derecho internacional.

* Abogado. Diplomado en *Human Rights Law* en la *Academy of European Law* del *European University Institute* de Florencia, Italia (1999). *Master in International Human Rights Law* en la Universidad de Lund, Suecia (2000). Actualmente es Profesor Adjunto de Derecho Constitucional de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina, Investigador del Centro de Investigaciones Jurídicas y Sociales de la misma Universidad y *Dottorando di ricerca* en *Diritti dell'uomo* en la Universidad de Palermo, Italia.

¹ *I diritti umani nel mondo contemporaneo*, Laterza, Bari 1994, 2.ª edición, p. 55.

Mucho se ha escrito sobre los problemas teóricos de la universalidad de los derechos humanos² por lo que no me detendré en ello. Mi intención es, en cambio, concentrarme en la relación entre la universalidad de los derechos humanos y sus principales problemas concretos en el derecho internacional, en algunos de los (supuestos) paliativos que éste prevé para amenguarlos y en algunas (supuestas) propuestas de solución. Finalmente concluiré con algunas reflexiones personales.

Es bien sabido que existe un fuerte debate con respecto al difícil problema de definir si es posible o no encontrar derechos que sean válidos para todos los seres humanos en razón de las profundas diferencias culturales en las cuáles estos se encuentran insertos. Sin embargo, cuando se analizan las diferentes normas internacionales y regionales que se relacionan con los derechos humanos³ o las mismas decisiones «jurisprudenciales»⁴ de los organismos que los monitorean, se puede visualizar que ellas suponen y manifiestan la convicción que estos derechos son *universales*⁵. Con independencia de la fuerte ambigüedad que este término tiene ínsito en sí, se entiende, al menos en forma mínima, que con él se quiere decir que tales derechos son válidos para todos los seres humanos⁶. Esto, por cierto,

² Al respecto ver J. DONELLY, *Universal Human Rights in Theory and Practice*, Cornell University Press, Londres, 1989, y L. BACELLI, *Il particolarismo dei diritti*, Carocci, Roma, 1999, como ejemplos bien fundados de posturas distintas: universalista en el primer texto y particularista en el segundo. La postura «particularista» se relaciona con las corrientes que defienden el «relativismo cultural».

³ En el sentido de aquellos documentos de derechos humanos (declaraciones o tratados, y dentro de estos últimos sean ellos convenciones o pactos) establecidos por los organismos internacionales o regionales, como la ONU en el primer caso y la OEA o el Consejo de Europa en el segundo. Para un buen compendio de la mayoría de ellos ver G. MELANDER y G. ALFREDSSON, *The Raoul Wallenberg Compilation of Human Rights Instruments*, Martinus Nijhoff, La Haya, 1997.

⁴ Entiendo por este último tipo de normas las decisiones de los distintos órganos que monitorean los derechos humanos, sea tanto en relación con resoluciones vinculadas con casos particulares como así también en relación con los informes generales (sean generales propiamente dichos, temáticos o de países) o bien con respecto a las observaciones generales que estos organismos realizan en algunas circunstancias para clarificar el significado de los documentos que ellos monitorean. No considero, en cambio, «normas» del derecho internacional, obviamente, los diferentes informes generales que realizan las agencias de la ONU o de organismos regionales, como así tampoco los informes de las ONG's.

⁵ Véase H. STEINER y P. ALSTON, *International Human Rights in Context*, Oxford University Press, 2.^a edición, 2000) p. 367. También se les pretende atribuir a los derechos humanos otras características o adjetivos, como el de ser «inalienables», «irrenunciables» o «absolutos», de lo que no me ocuparé en este trabajo. Ver, al respecto, F. LAPORTA, *Sobre el concepto de los derechos humanos*, en *Doxa*, núm. 4, 1987, pp. 22-46.

⁶ Puede entenderse, además, que no basta con afirmar que se tiene un derecho por el mero hecho que éste se encuentre consagrado en alguna norma jurídica válida, sino que para poder afirmar

no significa que con ello se pretenda sostener que todos los seres humanos –al tener los mismos derechos- deban vivir en una situación de perfecta y total igualdad, ya que la incontable cantidad de diferencias entre ellos y sus diversas circunstancias justifican tratamientos precisamente distintos en la implementación del reconocimiento de los derechos. Al respecto, los que podrían llamarse «universalistas» consideran que existen derechos que son básicos y que permiten su reconocimiento y aplicación «general» para todos los seres humanos, aun cuando pueden admitir algunas formas de implementación o realización variadas según los diferentes contextos culturales. En cambio, los que podrían llamarse «particularistas» creen que no pueden encontrarse estos parámetros generales, ya que la noción de derechos (y de moral, con la cual se relaciona) depende del contexto cultural del cual surgen, que varía enormemente de un lugar a otro del mundo.

La cuestión de la universalidad o no de los derechos humanos lleva, inevitablemente, a la necesidad de fijar posición con relación a su *conceptualización*. ¿Qué son los derechos humanos? Podría decirse, en una primera aproximación, que se trata de *aquellos derechos que todo ser humano tiene por el sólo hecho de ser tal* y con ello, entonces, no parecerían quedar dudas que *son* (o deben ser) universales, ya que basta con ser un «ser humano» para tener (y, por tanto, deber gozar de) tales derechos⁷. Más allá del

que un derecho *existe* o *se tiene* debe poder ser ejercitado (con independencia que se haga o no) por el titular del mismo. Esta controversia se ha planteado teóricamente con respecto a la exigibilidad de los derechos sociales (ver, por ejemplo, la reciente discusión al respecto entre L. Ferrajoli y D. Zolo, entre otros, en el libro de L. FERRAJOLI, *Diritti fondamentali*, Laterza, Bari, 2001). Como este artículo se refiere al derecho internacional (y a pesar que no es claro si éste «*debba essere ammoverato tra i sistemi giuridici positivi, o debba invece essere considerato una sorta di ordinamento morale*», R. GUASTINI, *Diritti*, en *Distinguendo*, Giappichelli, Turín, 1996, p. 149) me parece mejor –tomando la postura que se trata de un sistema jurídico positivo– considerar que un derecho es tal cuando no sólo es válido porque ha sido reconocido en una norma sino que también requiere que tenga una posibilidad cierta de ser reclamado y aplicado para poderlo considerar derecho primero y, consecuentemente, universal después. Como la cuestión es bien debatida, en este artículo usaré en forma bien amplia la idea de *derecho* (subjetivo), o sea que uniré –en forma no necesariamente metodológica– a esta posición también aquellas que creen que basta que una norma válida lo reconozca para que un derecho sea tal o al menos que a más de la norma existan otras que le aseguran tutela jurisdiccional (v. GUASTINI, *op. cit.*, p. 156).

⁷ Por cierto que la determinación de quién es un «ser humano» es sumamente difícil. Piénsese, dentro de los numerosos ejemplos polémicos que se podrían citar, en los casos de los fetos en las primeras semanas de embarazo, de los embriones congelados, de los enfermos terminales en estado vegetativo o en coma profundo con muerte cerebral, o muchos otros casos que se discuten arduamente dentro del campo de la bioética moderna. Para un muy buen análisis desde la perspectiva de la ética de estos casos difíciles, ver P. SINGER, *Ripensare la vita*, II, Saggiatore, 2000. Traducción italiana de Stefano Rini.

acuerdo –quizás muy mayoritario– sobre esta «definición»⁸, ella es –al menos– vaga, tautológica y carente de contenido, ya que no nos dice, en realidad, cuáles son los derechos humanos ahora –ya en razón de ella– considerados «universales». Para «descubrirlos» se debe recurrir a algunas de las formas que utilizan los juristas para ello y seguramente también nos encontraremos con el problema de determinar si los derechos humanos son jurídicos o son, como sostienen algunos, derechos morales⁹. No me detendré a analizar estos problemas de tipo filosófico¹⁰. En forma extremadamente sintética puede decirse que existen dos «clásicas» posturas en el campo jurídico para determinar cuáles son concretamente los derechos humanos: el naturalismo y el positivismo. De ellas (ambas generalmente sostenidas con una visión universalista de los derechos humanos), tomaré la segunda. Hago esto no necesariamente por una elección personal sino porque es la que más se adecua a los parámetros del derecho internacional sobre el cual pretendo seguir el discurso en este artículo¹¹. Por tanto, puede decirse que los derechos humanos serían, entonces, aquellos derechos que los seres humanos –por determinadas razones, pero fundamentalmente por razones políticas y morales– determinan o establecen como tales, y dentro del contexto internacional serían hoy el cúmulo de declaraciones y tratados

⁸ Esta «definición», de todos modos, deja muchos aspectos de lado que hoy se discuten fuertemente en relación con la materia, ya que, por ejemplo, excluye como sujetos titulares de estos derechos a los «entes colectivos» o grupos (que gozarían de «derechos colectivos»), a los «animales» o a otros sujetos o entes (robots o eventuales seres extraterrestres) a los cuales puede atribuírsele –hoy o en el futuro– ciertas características racionales o morales, considerándoselos, por tanto, con capacidad para ser titulares de «derechos humanos». A su vez, incluye seres que algunos podrían entender que no entran dentro de la concepción de humanos o que debiera discutirse seriamente si lo son (ver como ejemplo la nota 7).

⁹ Una posición clara en este sentido es la de C. NINO en *Ética y derechos humanos*, Paidós, Buenos Aires, 1984. Para una posible clarificación en relación con la confusa y difícil cuestión de la existencia de derechos morales véase N. BOBBIO, *L'età dei diritti*, Einaudi, Torino, 1990, pp. XVII-XXI. Para un análisis de la cuestión, ver A. E. PÉREZ LUÑO, *Derechos Humanos, Estado de Derecho y Constitución*, Tecnos, Madrid, 1999, 6.ª edición, pp. 177-180.

¹⁰ Sigo, en esta parte, a G. CARRIÓ en *Los derechos humanos y su protección*, Abeledo Perrot, Buenos Aires, 1990, a quien remito para un breve análisis al respecto.

¹¹ Coincido, a su vez, con el argumento de Carrió expresado en el libro citado en la nota precedente cuando debe expedirse en torno a una fundamentación naturalista y positivista de los derechos humanos y dice «No sabría cómo expedirme en este debate. Como no soy filósofo y sí abogado me seduce más la propuesta de Rabossi [positivista]. Aunque no sea más que porque me exime de adentrarme en terrenos peligrosamente metafísicos. Pero me doy cuenta de que la solución Rabossi deja muchas preguntas abiertas. Una de ellas: ¿pero antes de que comenzara el reciente fenómeno de la consagración y protección internacionales de los derechos humanos, no era posible dar de éstos una justificación sólida y seria?» (p. 23). Adopto esta postura no sin dejar de recordar la fuerte influencia que tuvo y tiene el «naturalismo» en el derecho internacional (ver, sobre este último aspecto, por ejemplo, I. A. SHEARER, *Starke's International Law*, Butterworths, Londres, 1994, 11.ª edición, pp. 3-27).



que son adoptados por los organismos internacionales en esta materia¹². Esta estipulación, obviamente, no asegura «buenos» o «mejores» derechos humanos, pero permite de aquí en más seguir este trabajo enfocándolo solamente desde la órbita de los derechos humanos en el campo del derecho internacional, ya que uso el término en la misma forma en que es usado generalmente por esta rama del derecho.

II. EL DERECHO INTERNACIONAL Y LA UNIVERSALIDAD DE LOS DERECHOS HUMANOS

En relación con el derecho internacional¹³, me parece importante recalcar que en el contexto global aparece, fácticamente, contraintuitivo sostener que todos los seres humanos de este planeta tenemos los mismos derechos humanos y, seguidamente, comprobar las enormes diferencias existentes entre las más de 6 billones de personas que habitan la Tierra. En efecto, la riqueza se encuentra concentrada en muy pocas manos, las perspectivas de vida varían (incluso duplicándose) según donde cada sujeto nazca¹⁴ y las diferencias en educación, salud y tantos otros items son abismales¹⁵. Por tanto, si bien el derecho internacional se preocupa por establecer normas que señalan que los derechos humanos en ellas consagrados son «universales»¹⁶, parece fundamental diferenciar entre el *discurso* del derecho con la *realidad concreta y efectiva* en la que éste opera.

¹² Las normas del derechos internacional de los derechos humanos no se agotan con las declaraciones y tratados. Vuelvo sobre este aspecto *infra*, en particular en la nota 21.

¹³ El derecho internacional puede entenderse como «*that body of law which is composed for its greater part of the principles and rules of conduct which states feel themselves bound to observe, and therefore, do commonly observe in their relations with each other...*» (I. A. SHEARER, *op. cit.*, p. 3) o, mas simplemente, como el derecho (u ordenamiento) de la «comunidad de los Estados» (cfr. B. CONFORTI, *Diritto Internazionale* Ed. Científica, Nápoli, 1997, 5.ª edición, pp. 3-5).

¹⁴ En este sentido basta leer los distintos informes que periódicamente publican distintas agencias de la ONU u organizaciones no gubernamentales. Por ejemplo, si tomamos el informe del Programa para el Desarrollo de Naciones Unidas vemos que en su informe sobre desarrollo humano de 1999 (*Human Development Report 1999*, UNDP, Oxford University Press, Nueva York, 1999) la expectativa de vida al nacer variaba, tomando los extremos, en 1970 de 74,4 años en Suecia a sólo 34,4 en Sierra Leona. La diferencia en 1997 es de 80,0 años en Japón a 37,2 siempre en Sierra Leona. Como puede verse con este simple ejemplo, la duplicación en la expectativa de vida es clara y lejos parece de acortarse ya que tiende, aún subiendo ambos índices, a mantenerse.

¹⁵ Ver el informe citado en la nota anterior o las ediciones más actualizadas, que pueden ser consultadas en Internet en la página web www.undp.org.

¹⁶ Ver *supra* y nota 5.

A continuación me concentraré en los distintos aspectos que considero más relevantes en relación con la conexión entre el derecho internacional y la universalidad de los derechos humanos.

A) ¿Problemas?

Teniendo presente lo dicho *supra* y considerando las características específicas del derecho internacional¹⁷, se visualizan algunos problemas en él con relación a la implementación que pretende (al menos teóricamente) dársele a la universalidad de los derechos humanos. Me animo a elencar aquellos que considero más salientes al respecto:

A) EL ESTADO COMO ÚNICO SUJETO DEL DERECHO INTERNACIONAL

En el derecho internacional los sujetos involucrados son –casi exclusivamente– los Estados¹⁸. Las obligaciones en materia de derechos humanos, por tanto, recaen –casi exclusivamente– en los Estados¹⁹. Esto lleva a reflexionar sobre las enormes diferencias de riqueza, de poder, de desarrollo entre ellos, lo que señala, sin dudas, un punto de partida con diferencias abismales entre los seres humanos que habitan un Estado u otro, con independencia de las conductas estatales, y que señala, también, la «relatividad» de los pomposos enunciados de *universalidad* (es decir, válido «para todos») de los derechos humanos. Esto se agrava aún más, cuando son, precisamente, los Estados más poderosos quienes –generalmente– sostienen con fuerza la universalidad de los derechos humanos pero, a su vez, no sólo no hacen nada (o muy poco) para tratar de paliar las enormes diferencias existentes en las condiciones de partida de todos los seres humanos para poder disfrutarlos, sino que, en muchos casos, usan los sofisticados y pode-

¹⁷ Para una visualización de ellas ver, por ejemplo, P. MALANCZUCK, *Akehurst's Modern Introduction to International Law*, Routledge, Londres, 1997, 7.ª edición, pp. 3-4.

¹⁸ Lo que no quita que, cada día en forma más clara, se reconozcan otros sujetos del derecho internacional incluyendo los individuos. Ver I. A. SHEARER, *op. cit.*, pp. 51-62, y CONFORTI, *op. cit.*, pp. 11-30.

¹⁹ En este terreno hay una evolución que podría partir desde la Declaración Universal de 1948, pero que hoy se ha intensificado en forma notable. El «Caso Pinochet» y la creación del Tribunal Penal Internacional marcan pautas claras en este sentido en relación con la responsabilidad directa de los individuos frente a la violación de algunos derechos puntuales, pero falta avanzar mucho en relación con otras responsabilidades, por ejemplo de organismos internacionales, de empresas o de los mismos individuos relacionadas con acciones u omisiones que comportan violaciones de muchos derechos humanos.

rosos mecanismos ideados por el derecho internacional (junto con la economía y la política internacional), como por ejemplo las organizaciones financieras internacionales (FMI, Banca Mundial, por citar los ejemplos más conocidos) o el WTO, para generar aún más desigualdad, más pobreza en determinadas zonas o sectores del planeta, obteniendo, en los hechos, «menos universalidad» en el disfrute de los derechos humanos²⁰.

B) LA «GENERALIDAD» DE LAS NORMAS DE DERECHOS HUMANOS

En el derecho internacional la universalidad de los derechos humanos se manifiesta a través de normas. En este sentido, las principales normas son, entre las generales, los tratados y las declaraciones y, entre las «menos generales», los numerosos informes (generales o individuales) sobre países o temas; o en casos individuales «contenciosos» o «semicontenciosos». A ello deben sumarse las normas consuetudinarias²¹. Las normas del derecho internacional de los derechos humanos, cuando son *generales*, deben necesariamente ser amplias y presentar indeterminaciones, debido a la complejidad de conductas y realidades distintas que deben regular²². Esta característica necesaria amplía enormemente los márgenes de interpretación que los Estados pueden hacer de ellas y por tanto los resultados finales en relación con la determinación de una conducta en un Estado u otro con respecto al cumplimiento de un determinado derecho humano pueden ser –y de hecho lo son– contradictorias total o parcialmente²³, conflictuando, con ello, su pretendida universalidad.

²⁰ Para un interesante análisis, entre los muchos que hay, de la situación descrita ver el reciente libro de J. ZIEGLER, *La privatizzazione del mondo*, Marco Tropicca, Milán, 2003, traducción italiana de Monica Fiorini.

²¹ Doy una concepción amplia de normas. Cabe aclarar que el derecho internacional de los derechos humanos –en relación con sus fuentes normativas– si bien es parte del derecho internacional general (en el que la costumbre y los principios generales del derecho son, junto con los tratados, las fuentes principales, mientras que las auxiliares son la jurisprudencia y la doctrina) está contenido mayoritariamente por tratados. Ver D. RODRÍGUEZ PINZÓN, C. MARTÍN y T. OJEA QUINTANA, *La dimensión internacional de los derechos humanos*, BID-American University, Washington DC, 1999, pp. 27-82. Ver también K. DRZEWICKI, *Internationalization of human rights and their juridification*, en R. HANSKI y M. SUKSI (compiladores), *An Introduction to the International Protection of Human Rights*, Abö Akademi University, Turku/Abo, 1997, pp. 25-47. Sobre las fuentes normativas del derecho internacional general ver MALANCZUK, *op. cit.*, pp. 35-62.

²² Se asemejan, por tanto, a las normas constitucionales y por ello afirma C. S. NINO que: «La vaguedad del lenguaje no siempre es un defecto sino que muchas veces es un instrumento indispensable de comunicación», en *Fundamentos de Derecho Constitucional*, Astrea, Buenos Aires, 1992 p. 89.

²³ Ver la obra de NINO citada en la nota anterior, pp. 77-106.

C) LA ADHESIÓN DE LOS ESTADOS (O NO) A LOS TRATADOS DE DERECHOS HUMANOS Y LAS RESERVAS

El tratado es, como se acaba de señalar, una fuente preponderante en relación con el derecho internacional de los derechos humanos. Estos tratados tienen siempre una visión «universal» de los derechos²⁴, y precisamente por ello su lenguaje es general y deja márgenes de interpretación muy amplios con respecto a sus contenidos tal como se acaba de señalar *supra*.

El principal problema con el que se enfrentan estos «derechos universales» consagrados en los tratados es que los Estados pueden o no adherirse a tal o cual tratado²⁵. Además, aún en caso que lo hagan²⁶, pueden establecer reservas o interpretaciones limitativas²⁷. Con las reservas se *borran* los efectos jurídicos que el Estado adherente considera contrario a sus intereses y este Estado no se compromete a respetar las cuestiones que el tratado prevé y que han sido objeto de reserva. Por todo ello, con la adopción de los tratados de derechos humanos no se pueden superar las diferencias entre los derechos a los cuales se obliga un determinado Estado en relación con los que se obligan otros Estados. Lo dicho, por cierto, comporta que los seres humanos tengan derechos muy distintos según el Estado en el cual habiten, lo cual no se compadece con la idea de los derechos universales.

D) LA DEBILIDAD DE LOS MECANISMOS DE MONITOREO

Normalmente los tratados generales o específicos de derechos humanos prevén alguna forma de control o monitoreo del cumplimiento en el

²⁴ Aún aquellos que no son «universales», sino que sólo se limitan a determinadas áreas regionales o locales, igualmente siguen teniendo «pretensión universal» en tanto consagran derechos «válidos para todos» dentro de su ámbito de aplicación.

²⁵ La adhesión al tratado (o más propiamente la aceptación de un tratado por parte de un Estado, que inicia generalmente con la firma y concluye con la ratificación) por parte de un Estado comporta la asunción del compromiso jurídico a respetarlo. En caso de incumplimiento el Estado se hace posible objeto de las «sanciones» (muchas veces muy tenues) que el tratado mismo o el derecho internacional en forma general prevén. Ver MALANCZUCK, *op. cit.*, capítulo 9.

²⁶ Hay que tener presente que muchas veces la adhesión a estos tratados es meramente «de *facciata*» (por presiones o por otros intereses políticos o económicos), sin tener la *real* intención de cumplir tal compromiso.

²⁷ Es importante recordar que no todas las reservas son admisibles, ya que aquellas que atentan contra principios esenciales del tratado pueden considerarse inválidas. Ver, en general, MALANCZUCK, *op. cit.*, p. 135. En la «interpretación limitativa» (o reserva o declaración interpretativa) el Estado formula aclaraciones con respecto a una cláusula del tratado la cual sólo acepta en un determinado significado y sólo se compromete en este sentido. Ver CONFORTI, *op. cit.*, p. 94.

respeto o protección de los mismos (sistemas que pueden ser muy variados: directamente de tipo *político*, o bien *cuasi-judicial* o *judicial*)²⁸. En general estas formas de control son –salvo las judiciales en el sistema de peticiones individuales en Europa y América cuyas decisiones finales son obligatorias²⁹– meras recomendaciones –generalmente genéricas– que los Estados no están obligados a cumplir (y en muchos de los casos no lo hacen).

Esta «falta de coacción» del derecho internacional de los derechos humanos no ayuda a lograr darles mayor universalidad a los mismos.

B) ¿Paliativos?

La situación descrita precedentemente no parece dejar dudas que la universalidad de los derechos humanos está lejos de ser una realidad, con independencia de las declamaciones normativas, doctrinarias o «jurisprudenciales»³⁰.

No obstante lo dicho, siempre existe una búsqueda incesante para encontrar algunos parámetros jurídicos válidos para todos los seres humanos.

En la evolución del derecho internacional se han esbozado –a más de los aspectos ya señalados *supra*– algunas estrategias complementarias concretas tendientes a «posibilitar» o «facilitar» que los considerados «derechos universales» se conviertan en una realidad, aun cuando puede discutirse si las mismas logran el objetivo propuesto o, más bien, exactamente lo contrario. Ejemplos de ellas pueden ser:

A) LA REGIONALIZACIÓN DE LOS DERECHOS HUMANOS

Junto con el desarrollo internacional de los derechos humanos se ha dado también un desarrollo regional de los mismos. Se considera, creo acertadamente, que el hecho de tener un grado mayor de homogeneidad cultural posibilita un más fácil y mejor desarrollo de los sistemas de protección³¹. Los cada vez más evolucionados sistemas regionales de protección, de

²⁸ Ver un rápido y completo resumen de los mecanismos de control en M. PINTO, *Temas de Derechos Humanos*, Ed. Del Puerto, Buenos Aires, 1997, capítulos VII y VIII. Ver también STEINER y ALSTON, *op. cit.*, caps. 6 a 10, y HANSKI y SUSKI, *op. cit.*, caps. 5 a 19.

²⁹ *Ibidem*.

³⁰ Este término en el sentido ya señalado en la nota 4.

³¹ Por ejemplo, J. DONNELLY dice: «*Regional human rights regimes address a wide range of rights in smaller and more homogenous groups of states*», en J. DONNELLY, *International Human Rights*, Vestview Press, 1998, 2.ª edición, p. 68.

todos modos, no dejan de tener una visión «universal» dentro de su propio ámbito regional. Este «progreso» en el monitoreo de los derechos humanos³², si es visto desde una perspectiva «universal» o «global» puede acen-
tuar, justamente, lo contrario, es decir, generar una «dispersión» en la concepción de los derechos humanos en relación con las diferentes secciones o regiones en las que se divida el mundo.

B) LA DOCTRINA DEL MARGEN DE APRECIACIÓN

Esta doctrina, usada fundamentalmente en Europa en su sistema de derechos humanos, considera que si bien todos los Estados deben respetar los derechos humanos establecidos convencionalmente, con respecto a algunos de éstos los Estados parte pueden actuarlos en forma distinta de acuerdo con su realidad político-cultural y social por encontrarse en una mejor situación para determinar la conveniencia o no de la aplicación del derecho³³. Por tanto, en casos con características similares, el órgano de monitoreo puede condenar a un Estado, mientras que en otro –debido a las diferentes realidades señaladas– el mismo órgano permite la restricción del derecho. Con independencia de la razonabilidad que puede encontrarse, y encuentro, en esta práctica, ella parece erosionar la idea de universalidad de los derechos, ya que los habitantes de un Estado gozan de algunos derechos que en el Estado vecino (ambos adheridos y comprometidos en la misma forma por un mismo tratado) los habitantes, en «casi» similares circunstancias, no tienen.

C) LA PROTECCIÓN DE LAS MINORÍAS Y DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS

Las fuertes diferencias de las realidades culturales que existen entre los pueblos de la Tierra, la globalización y, sobre todo, las fuertes corrientes

³² Para un rápido pero completo panorama del desarrollo de los sistemas regionales de protección de los derechos humanos ver el capítulo 10 de STEINER-ALSTON, *op. cit.*

³³ Ver un detallado análisis (crítico) de esta doctrina en el artículo de L. VALIÑA El margen de apreciación de los Estados en la aplicación del derecho internacional de los derechos humanos en el ámbito interno, en M. ABREGU y C. COURTIS (compiladores), *La aplicación de los tratados sobre derechos humanos por los tribunales locales*, CELS, Buenos Aires, 1997, pp. 173-197. Allí vemos que esta doctrina cuando ha sido usada por la Corte Europea de Derechos Humanos tiene una extensión variable, ya que es amplia cuando se invoca con relación a nociones susceptibles de interpretación subjetiva y que varían según el tiempo y el espacio (moral, seguridad o utilidad pública, política socio-económica) pero se restringe cuando implica nociones de apreciación objetiva (imparcialidad del poder judicial). De todos modos, la jurisprudencia europea no parece guardar una coherencia precisa en el uso de esta doctrina.



migratorias (debidas a razones políticas o económicas) han llevado a pensar –en especial en Europa– que es necesario proteger en forma particular a aquellos grupos minoritarios insertos en realidades culturales distintas. Por ello hay un impulso en establecer una protección normativa a nivel nacional, regional e internacional (en este caso aún en forma muy tenue) en lo que respecta a las minorías y los pueblos indígenas³⁴, precisamente para garantizarles a ellos ciertos aspectos, fundamentalmente culturales, en cuanto grupos desaventajados³⁵. La conveniencia o no de este tipo de protecciones especiales es fruto de fuerte debate³⁶. De todos modos, estas protecciones (que pueden ser en relación con los individuos en tanto y en cuanto pertenecientes al grupo o bien a todo el grupo) parecen contradecir, justamente, la idea de universalismo. Además, si como sucede a veces, se implementan en forma errónea, se pueden lograr resultados francamente peligrosos que llevan a estos grupos a quedar aún más marginados que antes³⁷ y, por tanto, con menos derechos «universales» de los que gozar.

D) LA INTERVENCIÓN «ARMADA» HUMANITARIA

En el derecho internacional contemporáneo si bien se partió inicialmente en 1945 de la idea del «dominio reservado del Estado» en relación con casi todos los aspectos internos de los Estados (art. 2, inciso 7, de la Carta de Naciones Unidas) y se renunció al uso de la fuerza, se está afianzando en los últimos años –con el argumento de una defensa basada en la universalidad de los derechos humanos– en la posibilidad de intervenir militarmente para hacer respetar, precisamente, el cumplimiento de tales derechos. Esta doctrina de la *intervención armada humanitaria* (que se diferencia de la simple ayuda humanitaria) es sostenida, fundamentalmente, por la actual única superpotencia militar en el mundo (con el agregado más

³⁴ Existe una fuerte diferencia entre el planteo en el reconocimiento de derechos a las minorías y los pueblos indígenas, principalmente porque estas últimas no aceptan ser consideradas minorías. Además, el tipo de derechos que reclaman son distintos. Ver M. NOWAK, *CCPR Commentary*, N. P. Engel, 1993, pp. 492-494.

³⁵ Por ejemplo la protección de su religión, su lengua, o sus costumbres en razón de la etnia para las minorías o, además, la propiedad comunitaria de la tierra y ciertas costumbres en relación con algunas conductas que necesitan un «derecho» diferente en el caso de los pueblos indígenas.

³⁶ He analizado brevemente la cuestión en el trabajo «Perspectivas de los derechos de las minorías en el ordenamiento jurídico argentino después de la reforma constitucional de 1994», en *Anuario V* del Centro de Investigaciones Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba (Córdoba, 2001), pp. 71-88, al que remito y a la bibliografía allí citada.

³⁷ *Ibid.*, p. 74.

actual de la doctrina de la *guerra preventiva*). Al respecto, no sólo los argumentos teóricos en su contra (que podrían discutirse fuertemente) sino fundamentalmente los casos en los que se ha utilizado³⁸ demuestran que con estas intervenciones lejos de haberse protegido los derechos humanos de las personas a las que se les estarían violando (a veces derechos relacionados, por ejemplo, con la falta de democracia), se les han violado a ellos con la intervención (y a otros seres humanos inocentes inevitablemente involucrados en el conflicto armado) abiertamente el derecho a la vida, a la salud y muchos otros «indiscutidos» derechos. Este polémico instrumento, entonces, parece muy poco efectivo a los efectos de afianzar la universalidad de los derechos de *todos* los seres humanos.

Lo dicho en el punto anterior (A) y en este (B) no comporta, necesariamente, una visión negativa o crítica del derecho internacional. Éste ha servido –justamente– para favorecer una fuerte evolución –al menos normativa y de órganos– en la defensa y en el monitoreo de los derechos humanos en el mundo, más allá de sus asignaturas pendientes y sus fuertes defectos. Simplemente he pretendido mostrar los problemas centrales con los que se encuentra aquel y cómo algunos de los mecanismos que parece pueden paliar sus defectos en relación con la universalidad de los derechos humanos no favorecen el objetivo que persiguen, sino que, incluso, pueden tener efectos contrarios.

C) ¿Soluciones?

La situación actual, como se ha visto y más allá de los aspectos meramente «declamativos», dista mucho –en la práctica– de admitir que se pueda afirmar que todos los habitantes del planeta gozamos *efectivamente* de los mismos derechos. Quizás, lograr un avance en el reconocimiento concreto de derechos universales presupone –a más de cambios éticos, polí-

³⁸ Las intervenciones en Kosovo (1999), Afganistán (2002) e Irak (2003) aparecen como las confirmaciones más claras de esta «doctrina». Para un análisis de la misma ver D. ZOLO, *Chi dice humanita*, Einaudi, Torino, 2000 y, más puntual, del mismo autor, *La guerra come strumento di protezione dei diritti dell'uomo*, en el libro compilado por T. MAZZARESE, *Neocostituzionalismo e tutela (sovra)nazionale dei diritti fondamentali*, Giappichelli, Torino, 2002), pp. 257-271. Ver también A. GAMBINO, *L'imperialismo dei diritti umani*, Riuniti, Roma, 2001, y L. BIMBI (compiladora), *Not in my name*, Riuniti, Roma, 2003, en el que varios artículos tratan en diversa forma este aspecto (especialmente los de Michael Klare, Richard Falk, François Rigaux, Phil Shiner, Antonietta Di Blase, Giuseppe Palmisano, Rainiero La Valle, Danilo Zolo, Salvatore Senese y Luigi Ferrajoli).



ticos, económicos y de otro tipo— la implementación, desde lo jurídico, de ideas todavía por desarrollarse. Me permito reflexionar en voz alta sobre algunas de las que pueden pensarse dentro del contexto histórico que vivimos, teniendo presente que ellas se vinculan con propuestas —que pueden, en algún caso, contraponerse entre sí— que intentan modificar el esquema jurídico del derecho internacional tal como se presenta en nuestros días, y que sólo se pretende —dentro de éste— intentar avanzar hacia una «mayor universalidad» en relación con los derechos humanos hoy generalmente reconocidos.

A) EL ESTADO GLOBAL (O COSMOPOLITA) DEMOCRÁTICO

Mucho se escribe con respecto a lograr un estado planetario con una Constitución común y con derechos iguales para todos los habitantes del planeta³⁹. Más allá de su real concreción (al menos tal como se presentan hoy los Estados democráticos a nivel nacional), sobre lo cual soy particularmente escéptico máxime con los últimos acontecimientos en las relaciones internacionales, podría imaginarse, teóricamente, una solución de este tipo. El modelo federal podría servir para posibilitar las lógicas y razonables diferencias entre los pueblos, pero la base de derechos fundamentales debiera ser —como en los estados federales— común. Quizás la Unión Europea, en los tiempos actuales, pueda marcar un rumbo regional en este sentido, aun cuando ella esté todavía lejos de lograr esta unidad en la materia, pese a las semejanzas entre los Estados que la integran.

B) LA CREACIÓN DE UN TRIBUNAL INTERNACIONAL O UNIVERSAL DE LOS DERECHOS HUMANOS

La creación de este tribunal⁴⁰, con competencias concretas —el esquema de la Corte Penal Internacional (en adelante CPI)⁴¹ puede servir de modelo— como, por ejemplo, la de anular normas estatales violadoras de

³⁹ Ver, por ejemplo, D. ARACHIBUGI, *Principi di democrazia cosmopolita*, en D. ARCHIBUGI y D. BEETHAM, *Diritti umani e democrazia cosmopolita*, Feltrinelli, Milán, 1998, pp. 66-121.

⁴⁰ Esta idea la he tomado de una de las lecciones del profesor David J. Harris en el marco del curso de la Academy of European Law (European University Institute), Tenth Anniversary Session on Human Rights Law (Florencia, 21 de junio al 2 de julio de 1999).

⁴¹ El Estatuto de la Corte fué adoptado en Roma el 17 de julio de 1998 y en el 2002 ha entrado en vigor luego de la ratificación de más de 60 países. En agosto del 2003 ya cuenta con 91 estados partes.

derechos humanos fundamentales, puede significar un avance en la universalización de los derechos humanos. Por supuesto, la determinación de qué derechos permitirle «monitorear» y con qué alcances, la forma de elección de los miembros del Tribunal y, sobre todo, la segura resistencia de los Estados (especialmente de algunos de los mas poderosos, tal como sucede con la ratificación del citado Estatuto de la CPI), transforman la discusión en tan difícil que esta idea es de muy remota aplicación.

C) LOS DERECHOS HUMANOS «FUNDAMENTALÍSIMOS»

Existen numerosos derechos humanos y cada día aparecen nuevos candidatos a tales. En efecto, nos encontramos en tiempos de «inflación» de los derechos humanos. Toda nueva exigencia o necesidad inmediatamente pretende ser llevada al «altar» de los derechos humanos. Esta circunstancia –positiva o no que se la juzgue– parece atentar contra la «fuerza moral» pero también jurídica de los derechos humanos⁴². Quizás, entonces, para lograr cierta universalidad *real* en el reconocimiento global de los derechos, éstos debieran acotarse a los *más básicos*, a los que yo diría «casi-indiscutibles». No es fácil, por cierto, ponerse de acuerdo en cuáles deben ser ellos, pero hay ciertas pautas interesantes para poder avanzar en algunos acuerdos para establecerlos. Por ejemplo, considerar aquellas prohibiciones establecidas por el Estatuto de la ya citada CPI podría comportar un punto de partida⁴³. Otros que demuestran un nivel de aceptación mayor son aquellos cuya suspensión no está permitida en los documentos internacionales en ninguna circunstancia ni aun en casos de emergencia⁴⁴. Esta propuesta, por cierto, puede generar un efecto muy peligroso cual es el de considerar que todos aquellos otros derechos que

⁴² Esta es la posición de Franciso Laporta, que comparto, cuando dice: «Me parece razonable suponer que cuanto más se multiplique la nómina de los derechos humanos menos fuerza tendrán como exigencia y cuanto más fuerza moral o jurídica se les suponga más limitada ha de ser la lista de derechos que la justifiquen adecuadamente» (*op. cit.*, p. 23). ¿Esta posición comporta, entonces, renunciar a la idea de universalidad de los demás derechos humanos que no son considerados «fundamentalísimos»? Me parece que una respuesta afirmativa en este sentido no es la de quienes sostienen esta posición. En efecto, se pueden establecer categorías en las que sólo aquellos derechos sean universales, mientras que los «básicos» pueden tener «pretensión de universalidad», pero con menor fuerza y con mayor adaptabilidad a las realidades culturales, morales y regionales.

⁴³ La prohibición se refiere al genocidio, los crímenes contra la humanidad, los crímenes de guerra y los crímenes de agresión.

⁴⁴ Lo que coloca a estos derechos en una situación de «mayor» o «mejor» protección. Como ejemplos de ello tenemos el artículo 27, inciso 2, de la Convención Americana de Derechos Humanos de 1969, o el artículo 4, inciso 2, del Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos de 1966.

no entran en esta categoría ya dejan de ser «reales» derechos. En el fondo, la cuestión debe resolverse en relación con la concepción de lo que se considera derecho y cómo conviene *actuarlo* en la mejor forma.

D) EL DIÁLOGO INTERCULTURAL

El objetivo prefijado en el punto anterior requiere, como pregonan muchos autores⁴⁵, la necesidad de un diálogo abierto, franco y sincero entre los distintos pueblos que habitan la Tierra⁴⁶. La búsqueda, sólo por este camino, de la «cuasi-unanimidad» (o al menos de un «consenso fuerte») aparece como un objetivo fundamental para poder cualificar a ciertos derechos como «fundamentalísimos» (y, por tanto, con pretensión seria de ser considerados «universales»)⁴⁷. En este diálogo, quizás, puede ser útil y estratégicamente eficiente, concentrar inicialmente la búsqueda de los aspectos comunes en relación con las cuestiones o conductas consideradas negativas o «malas» y no, en cambio, en las cuestiones o conductas consideradas «buenas» o positivas, que puede resultar más difícil⁴⁸.

E) HACIA EL RECONOCIMIENTO PLENO DE LOS «DEBERES HUMANOS»

Otra cuestión interesante para pensar se relaciona con el desarrollo de los «*deberes humanos*». Siempre se habla, al menos en «Occidente» de derechos, aun cuando se sabe que los mismos –en una visión técnica– presupo-

⁴⁵ Véase, por ejemplo, el libro compilado por A. AN'AIM, *Human Rights in Cross-Cultural Perspectives. A Quest for Consensus*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia, 1992.

⁴⁶ Obviamente el diálogo no puede quedar exclusivamente en mano de los Estados y sus representantes más o menos «representativos». En efecto, son los Estados los directos involucrados en relación con los efectos de la determinación de cuáles derechos pueden ser considerados universales y cuáles no, por lo que parece necesario que en este diálogo intervengan variadas y diferentes representaciones de la sociedad civil de todos los pueblos de la tierra. Las ONG's que trabajan en derechos humanos podrían (y deberían) cumplir un importante rol en este sentido.

⁴⁷ Aquí nos encontramos con un problema serio que se relaciona con la necesidad de mayorías para determinar derechos humanos y el hecho que precisamente éstos surgen y existen para garantizar, principalmente, los derechos de las minorías frente a los eventuales excesos o abusos de las mayorías. Creo que el diálogo sigue siendo básico como elemento para poder determinar que un derecho es universal (válido para todos y con real eficacia), con independencia que existirán una muy grande cantidad de «derechos» que no entrarían en esta categoría, pero que no dejarán de poder ser considerados «derechos humanos» (en su sentido actual pero sin el calificativo de universal) o «fundamentales».

⁴⁸ Para una argumentación en este sentido ver el artículo de E. GARZON VALDES, «El consenso democrático: fundamento y límites del papel de las minorías», en *Isonomía*, núm. 12/abril 2000, pp. 7-34, y la bibliografía allí citada.

nen para su existencia la contrapartida de uno o más sujetos que tengan un deber. Los derechos humanos presuponen, en el derecho internacional, que los Estados deben velar por su efectivo cumplimiento. De todos modos, y a pesar que hasta hoy son los Estados los responsables «jurídicos» de las violaciones a los derechos humanos, no quedan dudas que hay otros responsables «éticos» por tales violaciones, entre los que se encuentran a más de las organizaciones y empresas multinacionales, los grupos económicos y también los individuos. Baste pensar —en relación con estos últimos— en los casos de desigualdad económica increíble, con personas cuyos patrimonios son mucho mayores que los presupuestos de países enteros. ¿Cómo no creer, por ejemplo, que hay una violación ética cuando una persona posee una cantidad inmensa de riqueza y sabe que, a metros o a kilómetros de distancia, una gran cantidad de personas muere de hambre?⁴⁹ Creo que la evolución del pensamiento ético debe llevar a considerar que esta es una situación insostenible y que ese sujeto multimillonario, por más que pague sus impuestos, tiene el «deber humano» de ayudar a sus semejantes. Hace años existía la esclavitud⁵⁰ y hoy es considerada una cuestión aberrante y una clara e indiscutible violación de derechos humanos. Quizás en el futuro, como espero, la desigualdad extrema será vista en la misma forma. Creo, por tanto, que el *discurso* de los derechos humanos puede detenerse a visualizar aquellas concepciones culturales que ponen el énfasis en los deberes antes que en los derechos⁵¹, no para imitarlas exactamente, pero sí para empezar a tomar conciencia que no sólo existen derechos de los individuos frente al Estado, sino que junto con ellos (y como contrapartida) existen también deberes⁵² de

⁴⁹ Véase, sobre esta cuestión, el excelente artículo de E. GARZÓN VALDEZ, «Los deberes positivos generales y su fundamentación», en el libro del mismo autor *Derecho, Ética y Política*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1993, pp. 339-360, también en *Doxa*, núm. 3, 1986, pp. 17-33, pero en donde, además, se pueden ver algunos artículos críticos y la contrarréplica del autor.

⁵⁰ En realidad hoy también existe *de hecho* en su forma pura en algunos sectores del planeta, y *de derecho*, aun cuando su nombre es diferente y las características también, en razón de las insólitas condiciones laborales dispuestas «jurídicamente» en algunas partes del mundo.

⁵¹ Un ejemplo de esta posición es la perspectiva hindú de los derechos humanos. Véase R. C. PANDEYA, «Fundamentos filosóficos de los derechos humanos. Perspectiva hindú», en el libro *Los fundamentos filosóficos de los derechos humanos*, de A. DIEMER, J. HERSCH, P. RICOEUR *et al.*, UNESCO/Serbal, París, 1985, pp. 295-307.

⁵² Si bien hay referencias a los deberes en el artículo 29 de la *Declaración Universal de Derechos Humanos* de 1948, en la *Declaración Americana de Derechos y Deberes del Hombre* del mismo año, en el Preámbulo del *Pacto de Derechos Civiles y Políticos* de 1966 y en la *Carta Africana de Derechos Humanos y de los Pueblos* de 1981, es notable cómo en los documentos internacionales de derechos humanos la declamación y el reconocimiento de deberes es muy escasa.



los individuos para con el Estado y, sobre todo, para con sus semejantes. En síntesis, en relación con los deberes, se podría (o incluso debería) pensar en ellos –con la misma lógica de los derechos– en la determinación de algunos –pocos pero firmes– «deberes humanos universales».

F) LA EVOLUCIÓN DEL DERECHO AL DESARROLLO Y DE UNA MÁS EQUITATIVA REDISTRIBUCIÓN DE LA RIQUEZA

Cada día se hace más imperiosa una evolución seria en relación con el derecho al desarrollo para igualar las ya mencionadas desigualdades estatales (tan resistido por los Estados y que sólo cuenta con una Declaración de Naciones Unidas de 1986) y, sobre todo, de una más justa o equitativa redistribución de la riqueza (para igualar las diferencias individuales). Estos dos aspectos generan consecuencias positivas evidentes⁵³, ya que al perseguir márgenes razonables de igualdad evitan las actuales situaciones de privación total en el reconocimiento de derechos con respecto a gran parte de la población mundial. Su implementación comporta, por tanto, un desafío fundamental para lograr la universalidad de la mayoría de los actuales «derechos humanos» en la escala planetaria.

Estas «pretendidas» soluciones, obviamente, son sólo propuestas que requieren una profunda reflexión y que –a su vez– se interrelacionan y complementan entre sí (a más de con otras cuestiones más generales), ya que cada una en forma aislada difícilmente pueda lograr un real cambio en un mayor reconocimiento de los derechos humanos (y con ello, por tanto, una «mayor universalidad» en los mismos).

III. ¿LA UNIVERSALIDAD COMO OBJETIVO A PERSEGUIR?
REFLEXIONES FINALES

He presentado un panorama general de los principales problemas con los que se encuentra el derecho internacional para sostener y lograr la uni-

⁵³ Para una visión general con referencia al derecho al desarrollo, ver STEINER-ALSTON, *op. cit.*, capítulo 16. Me he referido al derecho a una justa redistribución de la riqueza como un derecho humano básico, en mi trabajo *The right to an equal re-distribution of wealth. An argumentation to find the tools through the individual complaints* (Lund, 2000) que puede consultarse en el sitio web <http://www.jur.lu.se/Internet/english/essay/Masterth.nsf/>.

versalidad de los derechos humanos y, aunque seguidamente se han presentado los presuntos paliativos y algunas pretendidas soluciones, parece difícil, en el contexto de las relaciones internacionales actuales –después de guerras realizadas en clara violación del derecho internacional⁵⁴, después de atentados terroristas cada vez más fuertes y difusos, después de políticas económicas internacionales que fomentan la desigualdad y la pobreza– que se pueda tener una visión «optimista» al respecto.

Quienes estamos comprometidos con la defensa de los «derechos humanos» no podemos, de todos modos, dejar de ser «utópicamente» optimistas. Se sostiene, a su vez, que el «compromiso» con los derechos humanos comporta, necesariamente, una defensa de la universalidad de los mismos⁵⁵. ¿Es así? Me parece que para responder afirmativamente a esta cuestión, en forma previa es necesario determinar cuáles son los derechos humanos universales o que se pretenden universalizar, y que la respuesta variará según la perspectiva y posición ideológica de quién deba responder. Es aquí donde creo que el diálogo intercultural, la estipulación de pocos pero firmemente acordados derechos humanos y la creación de un tribunal internacional para monitorearlos, junto con las demás «soluciones» propuestas, podría ayudar.

No puede pretenderse, obviamente, que el «derecho» logre objetivos de este calibre –eliminar la pobreza y las graves desigualdades, por ejemplo– sin la ayuda de otras áreas como la política, la economía, la ética y las relaciones internacionales. El derecho no puede lograrlo sólo, pero sin duda puede ayudar enormemente al progreso ético de la civilización humana, y a que desarrollo de los derechos humanos pueda ser –bien usada– una herramienta indispensable.

Quienes creemos en la defensa de la libertad y la igualdad en forma proporcional y, sobre todo, en la necesidad de lograr niveles dignos de desarrollo sostenido de todos (es decir, pretensión «universal») los seres

⁵⁴ Por supuesto que, además, la violación del derecho internacional corre por separado de la legitimidad ética, o no, de realizar estas acciones militares.

⁵⁵ Esta postura es sostenida por T. MAZZARESE en «Diritti fondamentali fra particolarismo e riaffermazione dell'universalismo», en *Ragion Pratica*, 17/2001, pp. 205-213, donde dice: «Ma, posto che si rivendichi una "lotta per i diritti", non si può però ignorare né che diventa necessaria una risposta relativa all'individuazione dei diritti fondamentali per la cui tutela battersi, né che battersi per la tutela dei diritti fondamentali (indipendentemente dai criteri della loro identificazione) presuppone (poco rileva se poi si sia disposti a riconoscerlo) la convinzione nella, e l'impegno per la loro universalizzazione» (p. 213).



humanos⁵⁶ no podemos dejar de defender estos principios (que, justamente, se relacionan y coinciden en gran parte con los sostenidos en la Declaración Universal y los dos pactos principales de derechos humanos⁵⁷ y que hoy se pueden llamar, en forma general, los «derechos humanos»⁵⁸). Este compromiso y esta defensa deben hacerse, creo, respetando al máximo posible los diferentes valores culturales y usando exclusivamente el diálogo y la persuasión por medios pacíficos, para lograr una mayor universalización de estos principios que contribuyen a la dignidad de los seres humanos. Pero la estrategia a perseguir desde la perspectiva jurídica me parece que es independiente, o incluso irrelevante, ya que lo importante es que los «derechos humanos» tengan una cada vez *mayor eficacia* en el mundo (lo cual, lamentablemente, no sucede), ya sean presentados o invocados en forma *universal* o *particular*.



⁵⁶ Aquí vuelve a presentarse el problema señalado en la nota 7 sobre quiénes son (o deben considerarse) seres humanos. Un intento de clarificación de esta cuestión excede completamente el marco de este trabajo.

⁵⁷ Declaración Universal de los Derechos Humanos del 1948, Pacto de Derechos Civiles y Políticos (1966) y Pacto de Derechos Económicos, Sociales y Culturales (1966), todos adoptados por Naciones Unidas y los dos últimos con entrada en vigencia en 1976 (y que cuentan con un amplio número de ratificaciones a nivel global).

⁵⁸ De hecho es lo que se conoce como el «Human Rights Core» (centro, núcleo o corazón de los derechos humanos).